

modo involuntario, una de ellas por las mejillas de Baruch.

—Bien,—dijo Oldenbourg,—y si os desagrada al oído mi nombre Enrique, estoy dispuesto á cambiarle, pues me alegraría saber lo que se siente al contacto de vuestras manos.

Olimpia se ruborizó y se pasó la mano por la frente para ocultar su turbación.

## XI.

### EL HOMBRE NUEVO.

De la encantada región en que Espinosa se llamaba Benedictus, tuvo que bajar á la fría y solitaria en que se llamaba Baruch y en la cual era preciso pensar y obrar como tal.

Al abandonar la casa de Van den Eude, le parecía que se le había caído de la cabeza su corona de rabino, dulcemente sustituida con el nombre que le había dado una sacerdotisa de otro culto, representándose, cuando volvía á la «Corona de la Ley,» todo árido y triste, si recordaba la dulce voz de Olimpia.

Se sentó en un rincón y abrió un libro. Chisdaï vino á preguntarle la explicación de un pasaje difícil del Talmud.

—He dicho siempre,—comenzó Chisdaï;—que llegarás á ser un segundo Sansón en talento y en ciencia; pero, por amor á Dios y su misericordia, no te dejes embaucar por esa Dalila á quien visitas. Nunca la he visto, y el cielo siga preservándome de ello; pero presumo, por lo que oigo, que ni es bella ni jóven.